

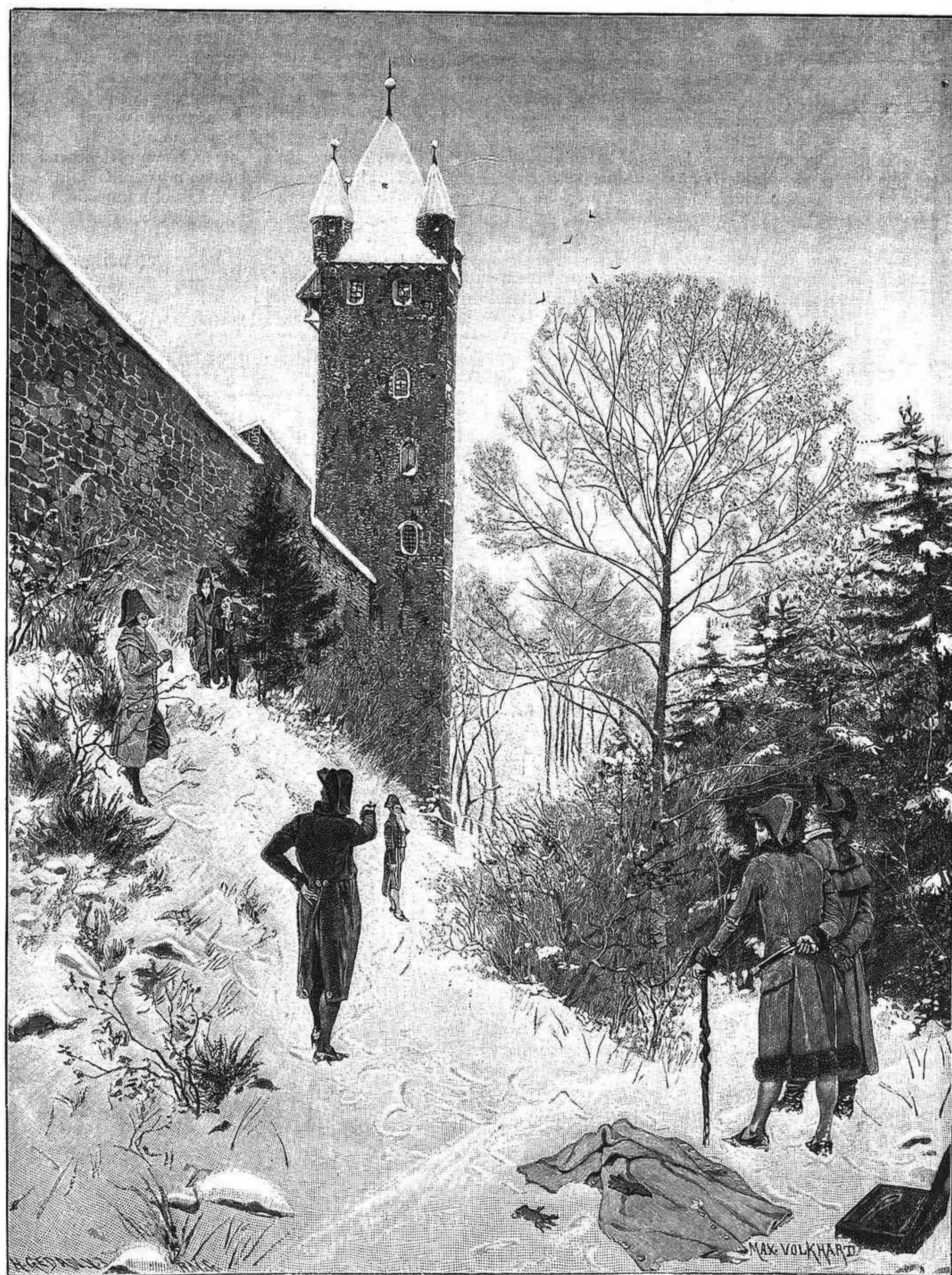


AÑO IV

← BARCELONA 28 DE DICIEMBRE DE 1885 →

NÚM. 209

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



UN DUELO, cuadro por M. Volkhart

SUMARIO

LA VUELTA AL AÑO, por don J. Ortega Munilla.—NUESTROS GRABADOS.—ROSA DE MAYO, por don Marcos Calvo y Bustamante.—LOS METODISTAS.—EL VIENTO IMPÍO (*conclusion*), por don Emilio Morais.—NUEVO PROCEDIMIENTO PARA EVITAR CHOQUES CON LAS MASAS DE HIELO DURANTE LAS NIEBLAS.—EL PAÑO DE CORCHO.

GRABADOS.—UN DUELO, cuadro por M. Volkhart.—ADRIANO Y ANTINOO, dibujo por Otto Knille.—MOZART EN EL ÓRGANO, cuadro por Carlos Herpfer.—EL CATADOR, cuadro por Margarita Pfeifer.—ALSACIANA, cuadro por B. Vautier.—EN EL CORRAL, cuadro por O. Greishey.—APARATO PARA EVITAR CHOQUES CON LAS MASAS DE HIELO.—SOLDADO SUMERGIDO EN EL AGUA CON UN VESTIDO DE PAÑO DE CORCHO.—TEXTURA DEL PAÑO DE CORCHO.—SUPLEMENTO ARTÍSTICO: UN PASEO POR LA NIEVE, cuadro por Hans Dahl.

LA VUELTA AL AÑO

MADRID

Las profecías del invierno no se cumplen.—Inspiraciones de la gastronomía.—De cómo el problema social toma un aspecto elegiaco al llegar Nochebuena.—Funerales regios.—Puntos brillantes de España.—La música religiosa y el tenor de moda.—Oración.

Aunque las profecías de los astrónomos nos habían hecho pasar los últimos días otoñales llenos de terror, pensando en los horrores de un invierno cruel, como pocos, la verdad es que hasta ahora el clima conserva cierta suavidad, no incompatible con los cierzos que el vecino Guadarrama envía sobre Madrid. Fuera de las nieblas, que en otros años no nos visitaban, y que hoy tienden sus cortinas entre el vecindario y el sol, puede decirse que el invierno se conduce noblemente, y no abusa de su incontestable poderío. Cuando llega la presente estación las fuentes se hielan, la escarcha cubre tejados y calles, y de los secos tallos de los árboles penden hebras de cristal cuajado por el relente nocturno, divídense los hombres en dos categorías; porque nunca con tal crudeza se marca en la sociedad la línea que separa a los ricos de los pobres, como cuando para pasar la vida medianamente es preciso un buen abrigo que abrochar sobre nuestros hombros, y un mediano monte de leña que arda chisporroteando en la chimenea. Hé aquí el por qué de la diferencia. La vida de Madrid es tan cara, que los pobres obreros cobran los mismos jornales que hace veinte años, y tienen que gastar el doble para atender a las necesidades más perentorias y urgentes. No hay que decir, pues, si quedará un real en su bolsa para comprar una espuerta de cisco que, encendido, llene de cariñoso calor su humilde buhardilla. Gracias que pueda calentar el estómago con sano alimento. Mientras el desventurado tiene que sufrir en todo su rigor las inclemencias del cielo, el hombre rico se crea una existencia puramente artificial, en que todo son caloríferos, estufas, chimeneas, aparatos de aire ardiente, pieles australes ó chibelinas, carruajes con cristales herméticamente cerrados, y bajo cuyos asientos ha sido previamente colocada cierta cantidad de cenizas de leña en artísticas cajas construidas al efecto. Si va al palco del Real, la empresa ha cuidado de que reine en el ambiente una temperatura agradable; si es aficionado a la caza, y va a las lagunas de Daimiel ó a las de la Albufera á arrostrar todas las contingencias del frío, y tirar á los patos, realizando una de las cazas más agradables de la cinegética moderna, también allí sabe industrial el lujo elegantes kioscos, donde nunca penetra el frío, y desde los cuales, por una tronera, el cazador siembra el espanto y la muerte entre los alados palmípedos, precursores en la zoología, del genio de Colon. Sin embargo, la naturaleza es tan sabia y noblemente eualitaria que se insurrecciona contra estas mistificaciones y contra estos abusos del oro; y en ocasion ménos pensada, en el día más tranquilo, al salir de una puerta para entrar en otra, el rico es atacado por la pulmonía. Ella le esperaba escondida en la sombra, y le ha herido con su florete de hielo, haciéndole invisible herida en los pulmones; y entonces, caloríferos, estufas, Real, pieles, todo resulta una irrisión del miedo; un comentario brillante á la vanidad de los hombres que quieren, por virtud del dinero, constituirse en raza superior á las leyes de la naturaleza.

* *

Muchos años hace que mi profesion pone ante mi pluma cuartillas blancas para llenarlas con las impresiones volanderas que recojo en la calle y en todos los círculos, y siempre al llegar estos días, invariablemente, con una monotonía desesperante para mis lectores, he tenido siempre delante de mis ojos, destacándose con crudeza sobre un paisaje nublado, la silueta del pobre en el invierno. Describir la alegría de una compañía de ricos que comen deliciosamente en torno á una mesa bien servida, y no acordarse del que entre tanto y bajo las tejas de un sota-banco de las calles de Madrid engulle hambriento mísera bazofia, es tener el corazón mas frío aún que esas tejas cubiertas de escarcha, que son el nido del jornalero madrileño. Y como la vida toda se compone de contrastes, la vanidad ha dispuesto que en estos días en que el pobre necesita más paciencia para llevar sus desgracias, se le presente por todas partes el espectáculo de la voracidad humana llenando los escaparates de las tiendas de perspectivas deliciosas, asombrosas. Idos á casa de Lhardy; deteneos un momento ante el escaparate de Pecastaing; refrenad vuestros pasos ante los cristales inmensos y resplandecientes de la tienda de Carlos Prast, y vereis qué inmensa cantidad pone en circulación el estómago del hombre, y qué industrias tan múltiples, tan variadas y

tan ricas se engrandecen y prosperan, dedicándose al servicio de la gula. De las cinco partes del mundo llegan por las más rápidas vías para celebrar la bacanal cristiana de Nochebuena, cuanto de más sabroso contienen el aire, la tierra, y el agua. Los enormes salmones que se crían en los ríos alemanes, y la sabrosa trucha de nuestros pedregosos arroyuelos de Castilla; enfundados en hábitos franciscanos, de arpillera, vienen de York los jamones, que bajo esta apariencia monacal y austera, encierran todas las delicias de la carne; hé aquí qué aurora de plumas, y qué arco iris de colores forman las alas y las colas de esa comparsa de faisanes que colgados del pico, rellenos de trufas, y con un collar de estrellitas de galantina, están convidando al rico á placeres que el pobre nunca ha soñado; largo catálogo forman todas las variedades de productos que con la leche se fabrican, y los escaparates exhiben; mil y una variedades de quesos; tantas y tantas otras de mantequillas encerradas en cajas de todas las formas, bajo etiquetas de todos los colores, y bajo los nombres de cientos de fabricantes; y en las partes más altas de los escaparates, formando en ellos como el dentellado de una almena, podreis ver filas de botellas de vino que encierran alegría y vigor; ved aquella negra cuyo tapon desaparece bajo un casco de metal azul y lleva en la panza un cartelón brillante en que aparece el nombre de la más simpática de las viudas, la *viuda de Cliquot*; aquel tarro de áspera arcilla, es la decantación misteriosa de los alcoholes y yerbas que preparan con cristianísima piedad los monjes benedictinos; licor por todo extremo saludable, que hace digerir las piedras, y á cuya virtud evangélica se deben sin duda los sonrosados y lucientes colores que adornan las mejillas de aquellos venerables padres de la Iglesia.

La Nochebuena se acerca rápidamente, y trae para la familia un día de reposo y de reunion que en vano tratarán de borrar las ideas cosmopolitas del siglo y el materialismo dominante

* *

Desde hace ocho días, en Madrid se celebra cada mañana un funeral por el alma de S. M. el Rey Don Alfonso XII. En los funerales que se efectuaron en San Francisco el Grande, tomó parte una numerosa orquesta dirigida por Barbieri, y cantó Gayarre, con su hermosa voz de ángel, las antifonas del siglo XVI, que parecen escritas para que á través de los siglos, un hombre, como el tenor favorito de Europa, arranque á aquellos enjambres de notas rojas ó negras, pintadas sobre pergamino, las vibraciones misteriosas que en ellas dejaron los ignorados genios que han escrito la música de las perturbaciones cristianas y de los dolores del arrepentimiento.

* *

Todo lo absorbe la política, y nunca como ahora ha parecido la de España un campo de Agramante.

Ahora que el año 1886 se acerca, debemos todos pedir al cielo que nos depare en los doce meses que le componen, un poco de calma, y un poco de paz.

J. ORTEGA MUNILLA.

NUESTROS GRABADOS

UN DUELO, cuadro por Max Volkhart

Sin duda alguna los franceses de la primera república tendrían gran prisa por morirse, cuando no encontrando bastante urgente el servicio de la guillotina, apelaban á matarse en duelos particulares, impropios de gente filósofa y demócrata, puesto que el duelo había sido considerado hasta entonces privilegio absurdo de gente principal y atendida á rancias costumbres.

Tal es la primera reflexion que nos ocurre á la vista de este cuadro, donde el desafío, lance ó encuentro, está representado de manera que nos autorice á sospechar si su autor será práctico en esta clase de debilidades. Con acertada premeditacion, el artista ha escogido para decoracion de su dramático asunto, un paisaje nevado. Lo duro de la estacion corre parejas con lo duro de los pechos de combatientes y testigos. El reducido tamaño de las figuras no impide que todas y cada una de ellas sean á cuál más expresivas. Hay perfecto aplomo en el que apunta, perfecta y académica actitud en el que recibe, perfecta calma en el que cuenta los segundos del reloj para ordenar el fuego, perfecta expresion en los asistentes á los azares del combate.

El conjunto produce verdadero frío; y es que, en este lienzo, así la temperatura como los sentimientos humanitarios están muy por debajo de cero.

ADRIANO Y ANTINOO, dibujo por Otto Knille

Antinoo, bello mozo de Bitinia, tipo de la correccion de formas, á creerse lo que escriben los antiguos, llegó á ser el confidente y favorito del emperador Adriano, por quien se sacrificó arrojándose al Nilo. Refieren otros que esta prueba de afecto no fué tan espontánea como Adriano dió á entender, sino que, viajando éste por Egipto, díjole el oráculo que su vida corría peligro mientras no hubiese quien sacrificara la suya por la del emperador; lo cual hizo Antinoo obligado por su dueño. De todos modos, no se perdió gran cosa con la muerte del antiguo pastor

de Bitinia, que no merece por cierto de la Historia los honores hasta divinos que le hizo tributar su dueño.

El autor de este cuadro se inspira generalmente en hechos históricos ó en leyendas fantásticas de las muchas que constituyen la literatura popular alemana. El cuadro que hoy le reproducimos demuestra suficientemente hasta qué punto tiene su autor condiciones bastantes para tratar asuntos de alto vuelo. Knille es profesor de la Academia de Berlín, donde su talento había pasado desapercibido hasta que llamó extraordinariamente la atencion pública un toldo, propiamente un *velarium* romano, que pintó para decorar cierto sitio de la capital cuando tuvo lugar el regreso de las tropas procedentes de la terrible guerra franco prusiana.

MOZART EN EL ÓRGANO, cuadro por Carlos Herpfer

Del gran Mozart puede decirse que no fué él quien cultivó el arte, sino que el arte cultivó á él. Tan precoces, espontáneas y portentosas fueron sus manifestaciones artísticas. El asunto de este cuadro, verdaderamente histórico, demuestra una vez más esta verdad.

Mozart tenía solamente trece años cuando fué nombrado maestro de capilla de la catedral de Salzburgo. Llegó el momento de ensayar una composicion que debía ejecutarse en una festividad próxima, y la tiple encargada de una de las partes cantantes, bien por hacer rabiarse al infantil maestro, bien porque su mal entendido orgullo de artista se resintiera de la direccion de un niño, cuyo extraordinario talento desconocía, se empeñó en no dar pié con bola, como se dice vulgarmente. Mozart comprendió muy pronto que el ensayo fracasaria no porque la tiple careciera de medios, sino porque carecia de buena voluntad. Renunció, por tanto, á luchar con la díscola artista, y en lugar de dirigir la partitura, se puso á improvisar por su cuenta en el órgano. Su ejecucion fué tan inspirada y asombrosa que todos los presentes se sintieron subyugados por aquel genio de cuya inexperiencia se mofaban un momento ántes; y no sólo se sujetaron á la direccion del maestro de trece años, sino que tuvieron á mucha honra pertenecer á la capilla dirigida por un músico en miniatura.

Tal es el asunto del cuadro de Herpfer, en realidad mejor dibujado que sentido.

EL CATADOR, cuadro por Margarita Pfeifer

Esta obra es de un naturalismo admirable. Hábito de catar, paladar exquisito, inteligencia privilegiada, cuantas condiciones físicas y no físicas se necesitan para tener voz y voto en materias vinícolas, todo lo revela ese personaje en su semblante, en su actitud, en una expresion particular, que únicamente á los buenos artistas les es dado reproducir en el lienzo.

ALSACIANA, cuadro por B. Vautier

Antes de la guerra franco-prusiana los artistas imprimían á la fisonomía de las hijas de Alsacia una animacion, una alegría, que cuadraba perfectamente á las jóvenes habitantes de una provincia próspera y feliz.

Después que Alsacia ha sido separada de Francia, los artistas parece como que se hayan puesto de acuerdo para dar á las mismas jóvenes una expresion triste, meditabunda, como pudiera revelar la el semblante de las vírgenes cautivas en Babilonia.

Es la nostalgia de la patria; lo que pudiéramos llamar enfermedad reinante; enfermedad horrible, puesto que no se la conoce remedio hasta el presente.

EN EL CORRAL, cuadro por O. Greishey

Composicion agradable, en la cual ha demostrado su autor haber estudiado con provecho á la naturaleza.

SUPLEMENTO ARTÍSTICO

UN PASEO POR LA NIEVE, cuadro por Hans Dahl

En el número 53 de la ILUSTRACION ARTISTICA publicamos, de este mismo autor, el cuadro titulado *Una senda en el hielo*. El asunto es igual en una y otra composicion; la diferencia consiste en los personajes, muchachas campesinas en la del número 53, jóvenes elegantes en la del número presente.

Ambas á dos composiciones son dignas de su ilustre autor: si en la primera las patinadoras ejecutan con mayor seguridad su arriesgado ejercicio, débese á su condicion social, que las ha habituado más á él; el pintor ha estado en lo cierto entrambas veces.

ROSA DE MAYO

(CUENTO DE MI NODRIZA)

Todos decían que nadie podía entrar en la cueva de la montaña: por esto todos la llamaban la cueva *maldita*. Y los pastores la miraban de lejos cuando llevaban sus ganados á pacer en la montaña.

Sin embargo, Rosa de Mayo, la preciosa pastora, tenía vivos deseos de saber lo que dentro de aquella cueva había, y todos los días se aumentaba su curiosidad.

Cuando tuvo diez y seis años cumplidos, pensaba que siendo ya bastante grande no debía tener miedo.

Un día que dejó el rebaño al cuidado de su hermano, diciendo á éste que iba á coger madroños, se internó en el bosque dirigiéndose hácia la temible cueva.

Su curiosidad era tan grande, que entró en ella con paso firme, y aunque despues comenzó á arrepentirse de haber entrado, no era cosa fácil el volver atrás. A pesar de haber andado mucho, la cueva estaba siempre alumbrada por la luz del día, y al lado opuesto columbraba la otra salida que parecia invitarla á seguir andando.

Apresuró el paso, y al poco tiempo encontrósese sorprendida al ver delante de sí un país como ella nunca habia imaginado.

El cielo era sonrosado, la yerba y las hojas azules, los pájaros tenían cuatro alas, y las mariposas eran grandes como las hojas de los sicomoros. El agua saltaba de todas partes por surtidores magníficos que repartian los perfumes más suaves. Los ciervos de blanca piel, cuernos de oro y ojos azules que venian á beber á estas fuentes embalsamadas, bailaban alrededor de la niña hablándola en un lenguaje desconocido, pero tan dulce y tan sonoro, que Rosa de Mayo los escuchaba con la mayor alegría, si bien es cierto que aquellos expresivos animales celebraban á porfía la hermosura de la niña.

Rosa de Mayo caminaba de sorpresa en sorpresa; todo este país encantado le parecia que celebraba una fiesta, y como oyera detrás de los bosquecillos de árboles conciertos de voces humanas, se dirigió á ellos saltando y cantando como una loca.

En medio de una llanura de menuda arena de oro, y entre magníficos árboles, vió un palacio de prodigiosa hermosura.

A medida que se acercaba, percibia más claramente el ruido que tanto llamó su atención. Pero no atreviéndose á entrar por la puerta principal, se acercó á una ventana baja, por la cual se exhalaba el olor á cocina más apetitoso del mundo.

Llamó tímidamente á la puerta y un cocinero que apareció, la dijo bruscamente:

—¿Qué buscas aquí?

—Busco mi camino, señor, y le ruego que me diga por dónde podré volver á mi casa.

—¡Ah! ¿eres tú la hermosa niña que ha atravesado la montaña? ¡Bien venida seas! Nosotros te esperábamos.

Al decir estas palabras con sardónica sonrisa, el cocinero afilaba su cuchillo en el delantal de cuero, y miraba á la jóven de una manera terrible.

—Entra,—la dijo,—entra, que por aquí está tu camino.

Rosa de Mayo, despues de haber pasado un corredor muy largo, se encontró en medio de una inmensa cocina, en donde veinte cocineros se ocupaban en preparar los platos para un suntuoso festin.

Treinta cacerolas estaban llenas de varios manjares; pero sorprendiósese al ver que la mayor de todas estaba vacía junto al fuego.

—Señor cocinero,—dijo á media voz,—¿porqué no está llena esta cacerola como las demás?

—Porque estaba esperando la vianda que en ella habia de prepararse, y la vianda llega en este momento. Tú eres lo que esperábamos, y cuando te hayamos guisado comenzará el banquete.

Rosa de Mayo se puso á llorar amargamente, y suplicó al señor cocinero que la dejara la vida.

—No hay más que un medio de salvacion,—dijo aquel antropófago;—ahí tienes una llave de oro; busca en todo el palacio la puerta que con ella se abre, y si la encuentras, elegiremos otra persona para la comida de su Majestad.

La desconsolada Rosa de Mayo empezó entónces su penosa tarea, probando la llave en más de cuatrocientas puertas. La pobre niña tenia de término todo el día, pero el sol declinaba, y la puerta no parecia.

Rosa de Mayo temblaba como las hojas de los árboles, y en su precipitacion no podia hacer convenientemente su ensayo; el cocinero mayor y cuatro de sus ayudantes la acompañaban, armados con enormes cuchillos, y á cada paso la decian:

—¡Rosa de Mayo, el sol se pone! ¡El sol se pone, Rosa de Mayo, date prisa!

La pastorcita habia recorrido las habitaciones grandes y las pequeñas, sin dejar de probar la llave de oro en ninguna cerradura; pero ésta era siempre, ó muy grande ó demasiado pequeña. El cocinero dijo entónces á la jóven:

—Rosa de Mayo, el sol va á desaparecer por completo y se acerca el último instante.

La niña estaba en aquel momento frente á un espejo hermosísimo, en el cual vió á su padre y á su madre, sentados á la puerta de su cabaña. Y lloraban, sin duda por la hija que habian perdido, sin poder calcular la penosa situación en que se encontraba.

—¡Pobres padres míos!—exclamó la jóven llorando amargamente.

Al decir esto, lanzósese hácia el espejo, sin duda para estrechar entre sus brazos á aquellos séres queridos que veia como por encantamiento.

Pero como llevaba en la mano la llave de oro, ésta al choque con el cristal mágico, lo rompió en mil pedazos, dejando descubierta una puerta de ébano que detrás del espejo habia, y cuya cerradura venia perfectamente á la llave fatal.

La puerta se abrió.

—Nosotros te esperábamos, hermosa Rosa de Mayo,—dijo el monarca apareciendo, y presentando la pastora á su corte, la más brillante del mundo entero.

Entónces Rosa de Mayo se encontró cambiado el traje rústico que llevaba por un hermoso vestido de tisú con piedras preciosas.

Su belleza era siempre la misma, porque las hadas, con todo su poder, no pueden embellecer nunca las obras de Dios.

Sin embargo, en medio de su esplendor soberano, el jóven monarca estaba pensativo y melancólico. Acometido de una secreta inquietud, dijo á la extranjera con voz conmovida, al dirigirse á la mesa del festin:

—Encantadora Rosa de Mayo; por haber encontrado la cerradura maravillosa, puedes pedirme una gracia cualquiera: ¿qué es lo que quieres?

—¡Ah! ¡señor! no vacilaré un momento en rogaros me devolvais á mis pobrecitos padres; pero vuestra bondad y vuestra gloria me interesan más que nada, y sólo os pido la libertad de todo desgraciado que caiga bajo las manos de vuestro temible cocinero!

Apénas pronunció estas caritativas palabras, resonó una música triunfante en todos los salones del palacio. Los semblantes de los cortesanos se trasformaron en aquel momento, y la más viva alegría reinó entre los convidados.

—¡Oh! ¡mi libertadora! bien venida seas, por la petición que acabas de hacerme, porque la gracia que deseas para otro, es para mí. Hermosa súplica que yo esperaba hace seiscientos años, y que me liberta de un horroroso encantamiento! Tú eres la primera que al pedirme un favor, lo has hecho para otro, y no en provecho tuyo. ¡Mi mesa real, no se manchará de hoy más con detestables manjares, á los cuales me estaba permitido no tocar, pero cuya sola vista me daba horror! En reconocimiento de tan gran beneficio, quiero hacer algo más por tí.

—¡Ah, señor! ¿quereis enviar por mi padre y por mi madre?

—No podré hacer eso.

—¿Entónces me pondreis en su poder?

—Tampoco puedo.

—¿Pues qué quereis hacer de mí?

—Enviaré á mi pájaro encarnado, mi fiel mensajero, para que diga á tus padres que eres mi esposa, y que no hay en toda la tierra una reina más amada ni más hermosa que tú.

Rosa de Mayo vivió muchos años, siendo la más feliz de las esposas y la más buena de las madres.—Pero en medio del lujo y esplendor de su corte, y de las caricias de su marido y de sus hijos, siempre buscaban sus ojos aquella cabaña que al otro lado del monte encerraba la mitad de su alma.

—¡Niños! ¡ni aun en el país de las hadas, hay felicidad completa!

MÁRCOS CALVO Y BUSTAMANTE

LOS METODISTAS

No trato de describir una secta religiosa.

Voy sencillamente á ocuparme de los hombres de método, para lo cual, presento á Vds. á don Joaquin Ginesa, natural y vecino de Madrid, casado, con tres hijos, empleado en el Tribunal de Cuentas y más generalmente conocido entre sus compañeros por J. G.

Con estas iniciales forma unos anagramas sobre el papel de tina que *gasta* (sic) en el negociado, que son el colmo de la armonía. Una J de tinta negra y una G de violeta, de la que se usa para las acotaciones en los pliegos de reparos, metódicamente enlazadas, han producido tantas cifras, que, repito, nuestro héroe es universalmente conocido en el Tribunal por J. G.

En una serie de álbums formados por las cuartillas blancas de todas las cartas que ha recibido en su vida, artísticamente cosidas con hilo encarnado despues de haber sido dobladas con gran regularidad dejando dos dedos de márgen y préviamente agujereadas con un punzon para poder pasar el hilo *doble*, formando rectángulos que arrancan en la parte posterior de la primera cuartilla en un nudo encerado, y terminan en una lazada caprichosa, tiene nuestro don Joaquin, pegados con goma (tambien de la oficina), modelos de todos los anagramas que ha hecho en su vida, y de las cifras que para marcar pañuelos ha dibujado para su esposa, las amigas de su esposa y las esposas de sus amigos.

Estos álbums están numerados, tienen un registro y un índice tan completo y metódico, que á su vez casi necesita de otro índice.

En los cristales del balcon de su cuarto tiene perfectamente á nivel en cada uno de los cuadros, cuatro calcomanías, representando cuatro ángeles con cuatro trompetas, tan ordenadamente colocados, que cada ángel hace *pendant* perfecto con su compañero.

A un hombre de estas condiciones no puede faltarle su correspondiente álbum de retratos; debajo de cada fotografía, de gallarda bastardilla española, hay un letrero que dice:—«Este retrato es de don Fulano de tal.»

Su mesa es un primor.—El tintero de cristal, lleno hasta la mitad, marca con una decidida línea negra, hasta donde debe llegar la tinta, y la parte superior, que ni por casualidad ha recibido ni un borron en la vida, reluce y brilla más que un diamante americano.

No gasta arenilla porque *ensucia*, y hasta cuando recibe cartas que traen polvos, los quita con el mango del raspador ántes de leerlas, y las sopla despues con singular desembarazo, cuidando de que ni una sola molécula caiga sobre la mesa.

Las plumas siempre limpias, y despues de haberlas (segun dice J. G.) *oreado* en un frasco, que con perdigo nes tiene para este objeto, las coloca en forma de aspa sobre una bandejilla que tiene á su derecha, en las que acompañan al punzon de que hablaba ántes, á un lápiz (Faber núm. 2) tan perfecta é igualmente afilado, que más parece una lanceta, á un cortaplumas de cinco hojas, un saquillo de grasilla (indudablemente confeccion suya), de trazo fino, sin costura y cerrado por la boca con hilo, un cristal de raspar y un ovillo de hilo encarnado, devanado en un naipe, formando una estrella de ocho puntas, en cuyo centro hay artísticamente clavadas, dos relucientes agujas de prolongado y ancho ojo.

A su izquierda una máquina de hacer cigarrillos de papel, sobre media *Correspondencia*, plegada en dos dobles.

Varios legajos encima de la mesa, entre otros uno cuidadosamente atado con una cruz de balduque, sobre el que se lee, habiendo dividido las palabras por donde la cinta pasa para que no se manche, «papeles inútiles»

Excuso decir á Vds. que don Joaquin tiene álbum de sellos y de cajas de fósforos.

Por cierto que para que estos no se derramen en los bolsillos, toma la precaucion de cortar una badana fina, de que rodea la caja, para asegurarla dentro de la corredera de carton en que aquellas deben ajustar.—Cuando digo corta, debo decir cortó, porque la tira de badana que ahora usa, ya muy rebajada de color, tiene un letrero imitando caracteres de imprenta, que dice: «fósforos octubre del 76»

Apunta cuanto gasta, y lleva con una minuciosidad sus cuentas, que como él dice: «¡Bendito sea Dios, en 23 años que hace que estoy casado, ni una sola vez me han faltado dos cuartos en la cuenta!»

Cuando yo le conocí, se ocupaba á ratos perdidos en reducir á pesetas y céntimos de peseta, la contabilidad de los años de 1865 y 66, que tenia por escudos y milésimas.

Hace 20 años corta los folletines de «La Correspondencia de España», lo que le ha permitido hacerse de una biblioteca.

Suscrito además á algunas obras por entregas, ha sido el azote de los editores, cuando ofrecian un cuaderno cada ocho dias, y tardaban nueve en llevarse á su casa.

Sabe cuántos pasos hay desde el Tribunal á su domicilio (vive en la calle de Leganitos), y lo que es más raro, sabe perfectamente los que tiene la vuelta grande del Retiro.

La da en todo tiempo, una vez por semana, los juéves por la tarde, así haga 40 grados de calor como 6 bajo cero.

Va indefectiblemente todas las noches al nuevo café del Siglo, y ántes por 13 cuartos y ahora por 40 céntimos, toma café con leche (sorbe primero el plato); toma un refresco bajo el hipócrita pretexto de que le echen una *chorradilla* de leche en el agua; con el *conque* de tomar *unas gotas* se bebe una copa de ron, y todavía se lleva tres terrones de azúcar á su casa.

En 16 años de tomar café ha reunido nueve arrobas. Cada ocho dias, matemáticamente el lunes, da al mozo un real de propina.

Oye misa todos los domingos y fiestas de guardar á las siete en San Marcos, y es tan legendaria su puntualidad de llegar á la iglesia á las siete menos diez, que los monaguillos, *despreciando* los relojes, sólo tocan á misa de siete cuando asoma don Joaquin.

En el Tribunal arreglan el reloj por su llegada.

Tiene por costumbre beber un vaso de agua á las tres de la tarde, y es tal su reputacion de puntualidad, que como las tres es la hora de la firma, es muy frecuente oír á los porteros que dicen en los negociados: «Señores, la firma, que ha pedido el agua don Joaquin.»

Hace 26 años día por día que sirve en el Tribunal, donde entró de meritorio. Jamás ha disfrutado una licencia.

Tiene perfectamente hecha su hoja de servicios, y el modelo de la instancia que su esposa ha de presentar cuando él se muera.

Nunca se ha ocupado más que de su oficina.

No concibe que se pueda vivir más que de un sueldo. Los cesantes le parecen cadáveres.

Tiene don Joaquin todos los rasgos característicos de los hombres de método.

Apénas amanece nublado, ya nuestro hombre se arma de paraguas y se calza el guardabarros.

Monda las naranjas con tal primor, que asombra. Saca la cáscara en dos mitades, formando cada una una estrella de 10 puntas, *que ni con un compás*.

Almuerza y cena siempre á la misma hora y al minuto.

Entre comida nunca ha tomado más que el sol.

Cierto día, que con motivo de haber sido ascendido un compañero, tomó en la oficina á las cuatro de la tarde un pastel de arroz y otro de crema, por poco si de la indigestion que le produjo *se le lleva Dios*. Tres dias estuvo en cama con principios de gástrica.

Es mañoso como pocos hombres, y como todos los que son ordenados.

Sabe cortar un chaleco y poner una tapa de terciopelo á una levita.

Con cajas vacías de plumillas, y una baraja vieja, ha hecho para su hijo menor un modelo chiquito del monte de Helicon *de lo más propio que puede nadie figurarse*.

Nadie como él para untar con goma (sic) y echar despues polvos de escribir en el raspador de las fosforeras, cuando están gastadas por el uso.

Su rúbrica parece el plano de andamiaje de la catedral



ADRIANO Y ANTINOO, dibujo por Otto Knille

11 11 11 11 11



UN PASEO POR LA NIEVE, CUADRO POR HANS DAHL



MOZART EN EL ÓRGANO, cuadro por Cárlos Herpfer

de Leon. Ni los notarios del siglo xv la hacían más complicada.

Para conservar el sombrero no tiene precio: llegar á su casa, quitarle el polvo con un pañuelo de seda encarnado, que á fuerza de uso parece entre sus manos un puñado de hojas de rosa seca, pasarle la punta de la toalla por el charol para enjugarle el sudor y la grasa, y colocarlo artísticamente *de canto*, encima de la cómoda, de manera que sólo rocen con su superficie dos puntos del ángulo que forma la copa, y tres ó cuatro de una de las alas, es operacion que don Joaquin lleva á cabo con singular destreza y asombrosa minuciosidad.

Claro es que don Joaquin es de los que usan cómoda. ¡Y qué primor de cómoda! En el cajon de arriba la ropa blanca, convenientemente perfumada á beneficio de dos ó tres membrillos; en el de en medio, la de paño y lana entre alcanfor y pimienta, y en el bajo las botas y zapatos, entre las que descuellan unas babuchas bordadas de abalorio, que hace quince años le regaló su hija, y unos chanclos de goma más relucientes que un cristal.

Encima de la cómoda y sobre un hule tiene don Joaquin un espejo de mano, al lado de una barrenita, lo que demuestra que se afeita solo y que cuelga el espejo *contra la madera del balcon*.

Se afeita, como todos los hombres de orden, hasta arrancarse las tiras del pellejo.

El mismo vacía sus navajas, en una de esas piedras que un conocido industrial ambulante mete por los ojos á los parroquianos con el conocido estribillo de «Buenas, señorito, pero buenas, pero buenas, pero buenas.»

Tiene la coquetería de darse polvos de arroz, ligeramente teñidos de color de fresa.

Usa cuellos postizos, puños postizos y corbata de cuatro posturas.

Gasta medias que siempre le hacen en casa, en verano de algodón; en invierno de estambre.

Todavía los días de lluvia, usa *botitos* con suela de corcho.

Se pone en noviembre una piel en el cuello y se la quita en mayo.

En primavera y en verano, que usa chaquet, se lo une por las solapas con un brochecito de acero bruñido.

Por supuesto, siempre lleva dos alfileres clavados debajo del cuello de su levita.

Tiene la capa colgada en un cuelga-ídem, de pino pintado de verde. Para ponerse los botitos, tiene ganchos de acero; para quitárselos, plancha de madera.

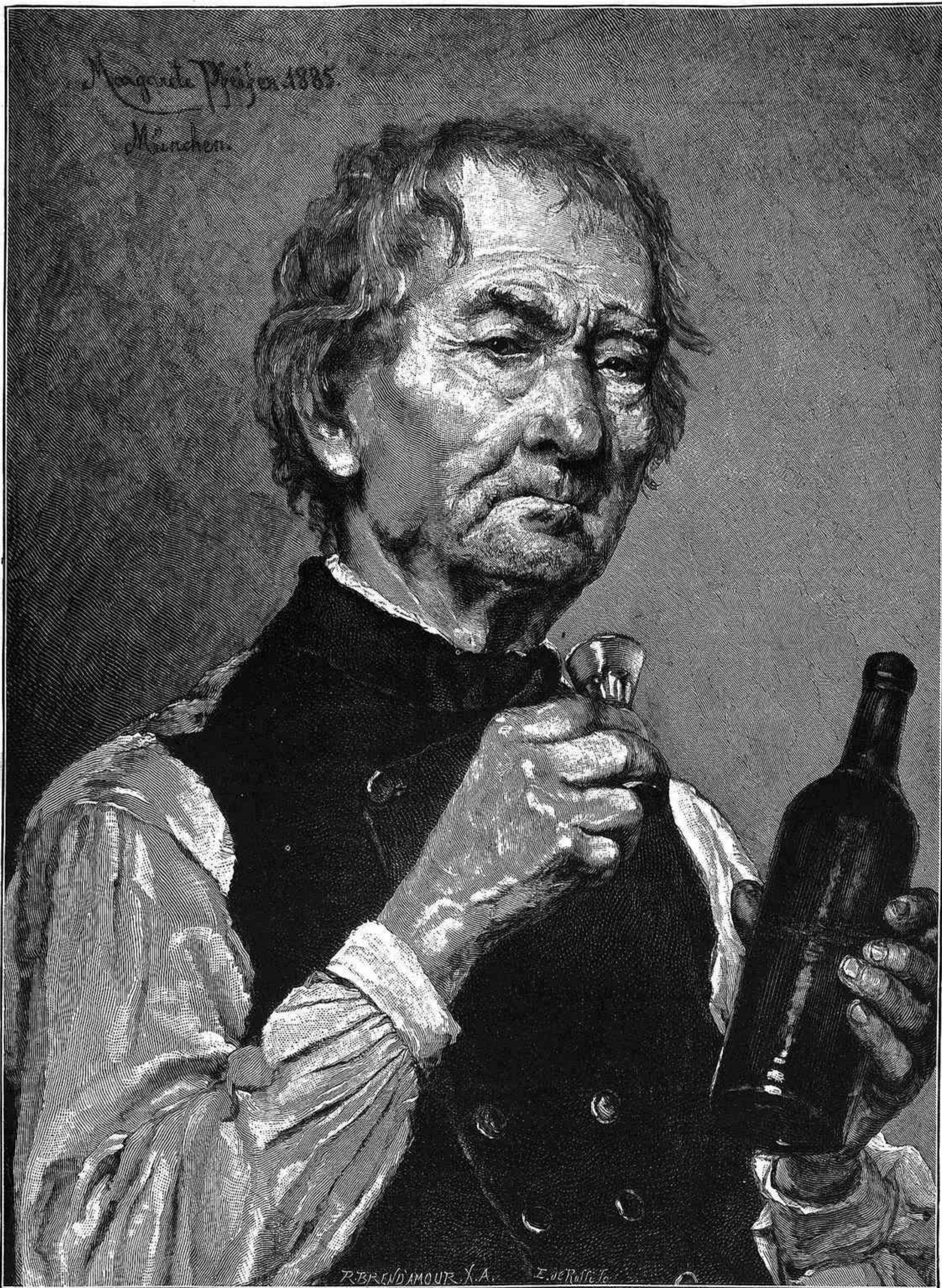
Gasta petaca de concha con iniciales, y siempre la lleva en el bolsillo, juntamente con un par de guantes, que no se pone nunca.

Lleva en el dedo índice una sortija con un topacio, y tiene un camafeo para la corbata.

En su juventud usó aretes de oro.

Cuando tuvo su primera hija, los cedió á su vástago sin vacilar.

Usa antiparras, que limpia cuidadosamente con la punta de su pañuelo, con inusitada frecuencia, y cuando medita se las sube á la frente con el pulgar y el corazon de la mano derecha.



EL CATADOR, cuadro por Margarita Pfeifer

Tiene, pues, todos los caracteres más definidos y precisos del hombre de método.

Tiene 16,000 reales de sueldo, y ha sabido ahorrar cinco duros al año mientras tuvo 4,000; diez durante los seis años que tuvo 6,000; veinticinco mientras tuvo 8,000 (cuatro años); cuarenta, durante los ocho que ha tenido 12,000, y cincuenta en los cuatro que lleva de 16,000; es decir, que dispone de 17,200 reales, que en su odio á los cesantes tiene *empleados* en papel del Estado.

J. G. es un prodigio para conservar la ropa: de un *raglan* que se hizo en 1850, todavía llevó una levita el año pasado.

Del frac con que se casó se han hecho dos chaquetas para sus hijos, y porque están algo descoloridas, dice don Joaquin: «Estos chicos no tienen orden; veintidos años me ha durado á mí el frac, y en dos años que sirve de chaquetas, ya blanquean.»

Don Joaquin es virtuoso.

Mientras no se rebajó el descuento, fumó la mitad, no tomó ensalada ni un solo día, no planchó jamás el sombrero, estiró más el calzado, de manera que continuó ahorrando lo mismo.

Su hija mayor se llama Pepita, su segundo hijo Pedro, el menor Pedro también, y le llaman Perico.

Me olvidé decir á Vds. que su esposa se llama Petra. La pobre doña Petra, á fuerza de orden, ha perdido toda idea de la línea curva: es una mujer recta.

Petrilla, que ya tiene veintidos años, no ha tenido más novio que un profesor de dibujo lineal.

Tronaron porque un día quedó en venir á las ocho, y vino á las diez y media. «¡Un hombre así de informal, no

sirve para marido!» dijo don Joaquin.

La niña sigue *sin novio*.

Su padre no la entregaría con gusto más que á un reloj de pared. Y como los relojes no se casan, corre riesgo de quedarse soltera.

Pedro y Perico, hasta ahora, hacen la vida del loro, es decir, se dedican exclusivamente á comer garbanzos.

J. G. lleva á Pedro á la oficina y sueña con hacerle meritorio.

El niño muestra felices disposiciones.

A la misma hora, todos los días, con la misma voz, les dice á sus hermanos cuando su padre no le oye:

—¡Qué fastidio!

Pero en medio de la instintiva nostalgia del desorden que siente la pobre criatura, se queja del mismo modo y á la misma hora.

Misterios del medio ambiente.

Don Joaquin, si la evolucion es una verdad y las costumbres crean naturaleza, será indudablemente el primogénito de una raza que degenerará: los hombres *en péndulos*, las hembras *en ruedas catalinas*.

EL VIENTO IMPIO

(Conclusion)

El lector, indudablemente, no comprenderá tan gran efecto por tan pequeña cosa; por lo cual es necesaria una explicacion.

III

Mahoma era profeta y conquistador. Ya habia sometido su poder la Ará feliz y el Yemen, y sólo le faltaba dominar la Arabia Pétreá para consolidar su imperio en Oriente.

El valeroso Antir y los demás emires luchaban denodadamente por su independendencia. Habian reunido un numeroso ejército y se decidieron á presentar al invasor una batalla decisiva. Trabóse ésta encarnizadamente, durando muchas horas sin ventaja por una ni otra parte.

Mahoma, que era un gran estrategico, acechaba un descuido del enemigo para fijar el objetivo del combate, y creyendo haberle encontrado, llamó á Alí, su pariente y principal sectario, para darle la orden de un movimiento envolvente.

Alí, que era algo tardo de oído, se aproximó mucho al profeta para oírle mejor, y cuando este le explicaba su plan, soltó aquél un erupción estrepitosa y consistente, casi á boca de jarro de la boca de Mahoma, cuyo delicado estómago se soliviantó hasta el punto de producirle un mareo.

Este incidente decidió de la batalla; cuando el profeta se repuso era ya tarde, el enemigo lo arrollaba todo; comenzó la dispersion, y él mismo tuvo que huir á la Meca en la *Egira* tan célebre y tan funesta en los fastos musulmanes.

Desde entónces en Oriente un erupción es un sacrilegio, y se considera maldito al que incurre en este desahogo de la naturaleza.

El que erupción en presencia del Sultán de Turquía, es infaliblemente empalado; si el culpable es marroquí se le corta la cabeza, si súbdito del Bey de Túnez, se le entierra de medio cuerpo, y según los países y costumbres varía el castigo, que en todos coincide en ser terrible, excepto en Persia en donde domina la ortodoxia religiosa

de Alí, que es como el Lutero de los mahometanos.

Los árabes, en su lenguaje pintoresco y figurado, llaman al erupción *el viento impío*.

IV

En vista de la tempestad de indignación que rugía en torno suyo, Malek comprendió que era inútil pedir perdón ni esperar indulgencia.

Tapóse la cara con el caftan para ocultar su vergüenza, salió de la casa en donde quedaba su bien perdido, montó en su caballo, y se alejó galopando sin dirección fija.

El resto del día vagó por los alrededores, no atreviéndose a presentarse a nadie, saliendo del camino no bien sentía pisadas ó ruido y repitiendo casi sin cesar:

—¡Ya no la veré nunca, nunca!

Caminó toda la noche sin saber a dónde iba y por la mañana se encontró cerca de un oasis de la frontera del Sahara, y en él una caravana que se apercibía a atravesar el desierto, y queriendo separarse de sus compatriotas por medio de la barrera de las arenas interminables, pidió y obtuvo una plaza de camellero.

¡Si la hermosa Fátima hubiera podido verle alejarse, alejarse incesantemente y desaparecer entre los polvorosos remolinos!

¡Qué efímeros son los proyectos y las dichas de este mundo!

Trascurrieron uno, dos, tres años sin que Malek volviera del desierto. Sin embargo, un día sabiendo que una caravana iba a atravesar el Sahara dirigiéndose hacia la costa, no pudo resistir al deseo de unirse a ella, pero no tuvo el valor de seguirla hasta el fin.

Conforme avanzaba aumentaba la irresolución del pobre Malek ante la idea de presentarse en aquella comarca profanada por su aliento, y aumentando su temor y su vergüenza, aprovechó una ocasión oportuna para abandonar a sus compañeros de viaje e internarse de nuevo en el desierto.



ALSACIANA, cuadro por B. Vautier

Allí permaneció errante y perdido, diez, veinte, treinta, cuarenta años, expiando en el aislamiento su pasado... estrepitoso.

El tiempo encorvó su cuerpo, surcó su rostro de profundas arrugas y blanqueó sus cabellos y su barba.

No obstante, a medida que avanzaba en edad, y quizá por esta causa, aumentaba en él la nostalgia. No pudo resistirla, quiso ver antes de morir aquellos sitios en donde había jugado de niño, y en donde joven había amado.

Los antiguos testigos de su vergonzoso desahogo debían haber muerto casi todos, y los pocos de sus contemporáneos que sobreviviesen, desmemoriados por la edad y por los achaques, no era probable que se acordaran de él.

Después de tantos años ¿qué podía quedar de... un ruido fugitivo?

V

Se decidió, púsose en camino y llegó a los alrededores de su pueblo, en el que todo había variado. Los plantíos de palmeras ostentaban una altura extraordinaria, vías sólo diseñadas cuando él dejó de verlas, estaban ahora bordeadas de construcciones rodeadas de numerosos jardines plantados de granados, albaricoqueros é higueras.

A la entrada de la población se diseñaba majestuosamente la cúpula de una nueva mezquita.

Mientras trataba de orientarse en aquellos sitios casi desconocidos para él, pasó a su lado una linda jovencita llevando un cántaro sobre la cabeza.

Malek se quedó embebecido mirándola, porque las facciones de aquella niña se parecían en un todo a las de la hermosa Fátima, a quien el pobre desterrado creyó ver aparecerse milagrosamente, recordándole su amoroso pasado.

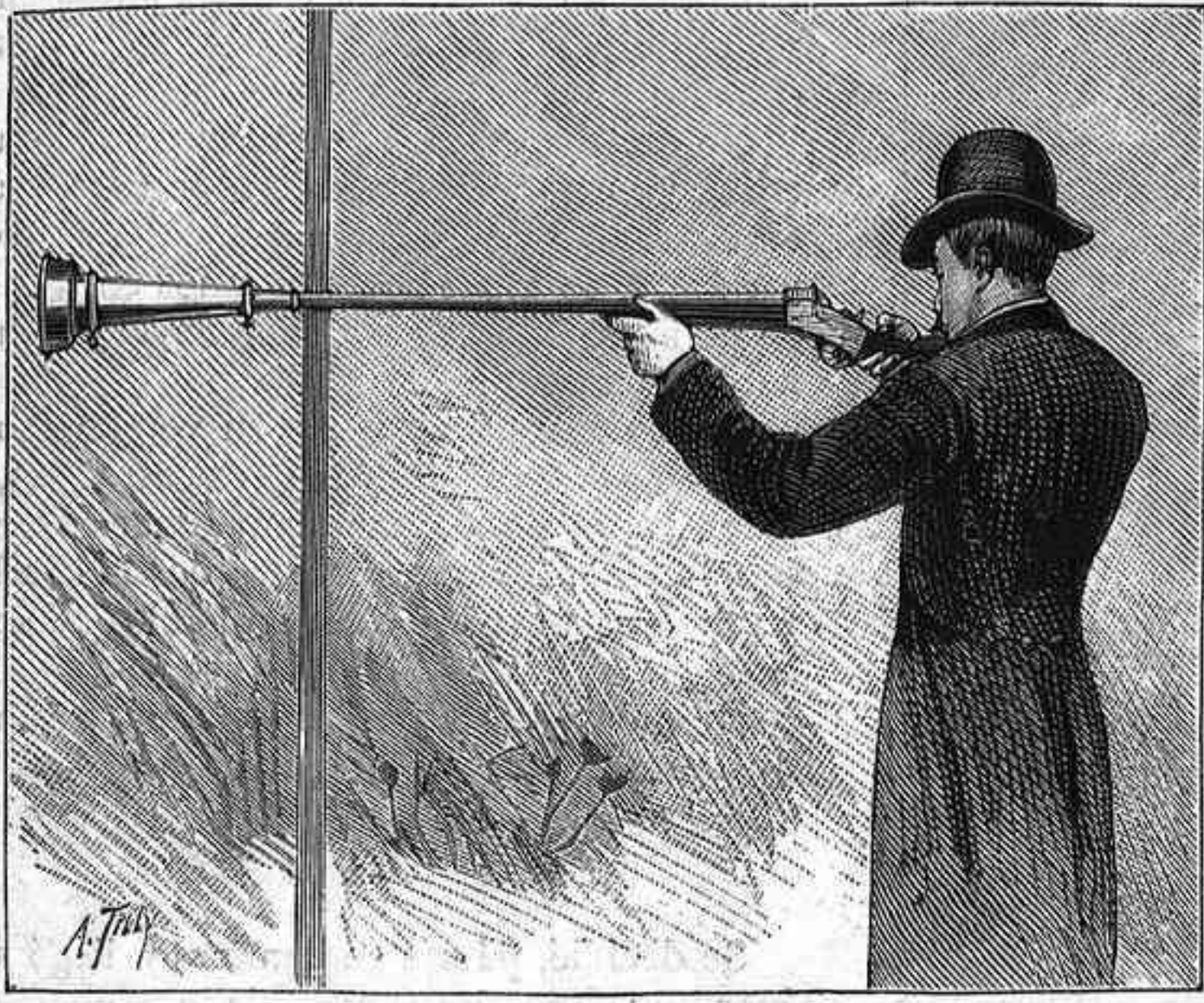
Un impulso irresistible le arrastró hacia ella.

—Niña,—la dijo,—un parecido completo y singular, me hace recordar, al verte, a la hija del difunto Rustan Hahji.

—No tiene nada de particular,—apresuróse a contestar la niña.—Fátima es mi abuelita. ¿La habéis conocido?



EN EL CORRAL, cuadro por O. Greishey



APARATO PARA EVITAR CHOQUES CON LAS MASAS DE HIELO

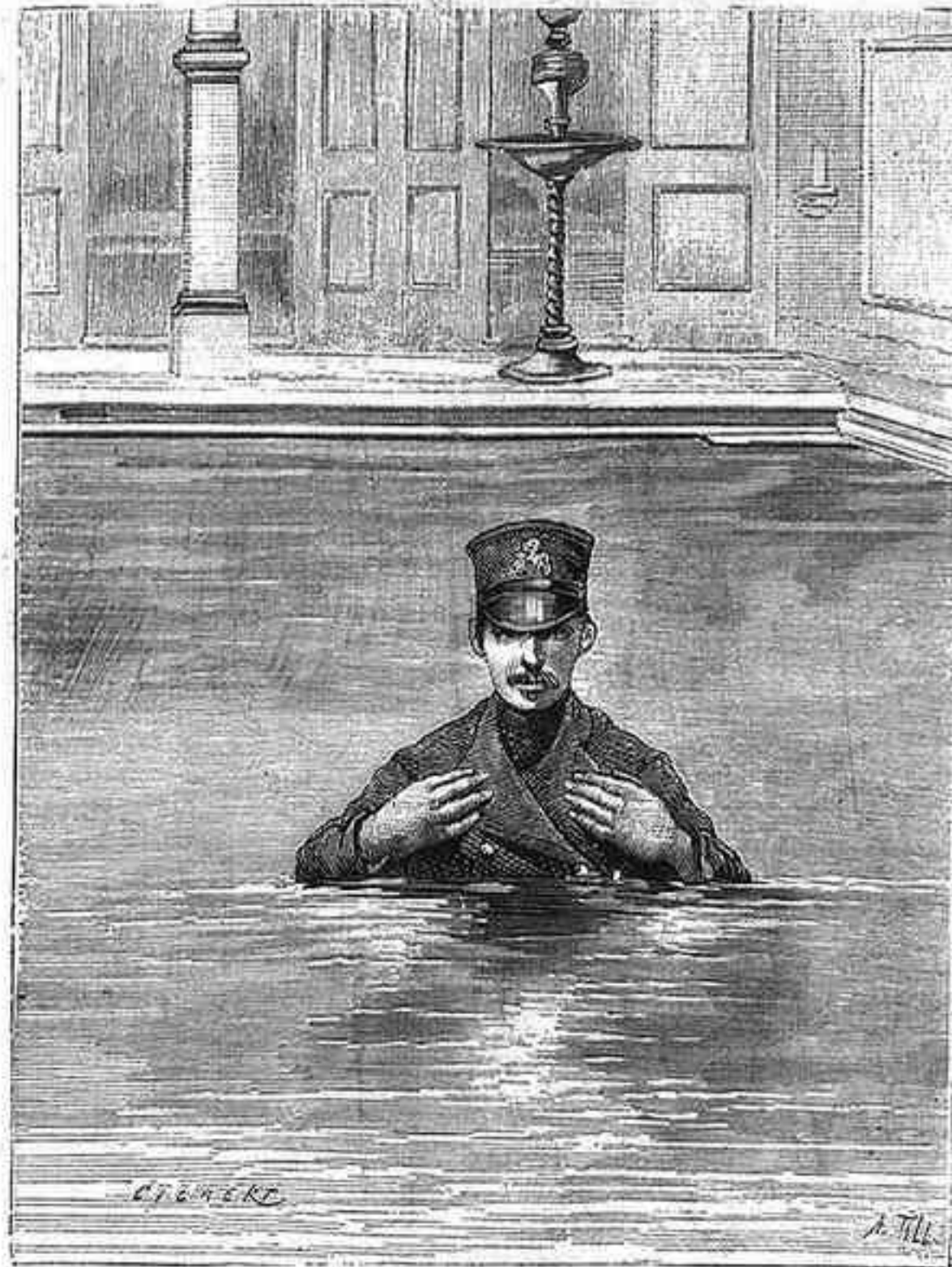
NUEVO PROCEDIMIENTO

PARA EVITAR LOS CHOQUES CON LAS MASAS DE HIELO DURANTE LAS NIEBLAS

El accidente ocurrido hace poco al vapor *Ciudad de Berlín*, explica la importancia que tiene poder reconocer la existencia de los *icebergs* (montañas ó moles de hielo) durante las nieblas. Las precauciones adoptadas por el capitán Laud, aunque hayan librado de la muerte á más de mil cuatrocientos pasajeros, evitando graves averías al buque, no impidieron el contacto con la mole de hielo, pues ni aun á través de las escotillas era posible reconocer su aproximación, hasta el momento en que se estuvo encima.

En tales circunstancias, el método propuesto por Mr. Frank Della Torre, de Baltimore, merece una detenida atención, pues sus experimentos prueban la posibilidad de hacer resonar un eco en la superficie de una montaña de hielo, cuando un buque se halla en su inmediación. Mr. Della Torre asegura que un objeto, por pequeño que sea, puede reconocerse durante la niebla bastante á tiempo para evitar un choque. De todos modos, lo cierto es que este método parece digno de practicar un ensayo en el mar, porque los experimentos preliminares practicados últimamente en presencia del profesor Bawland, de Juan Stopkins y del firmante de este artículo han demostrado la posibilidad de hacer que se oigan los ecos en los buques ó en los vapores á considerables distancias.

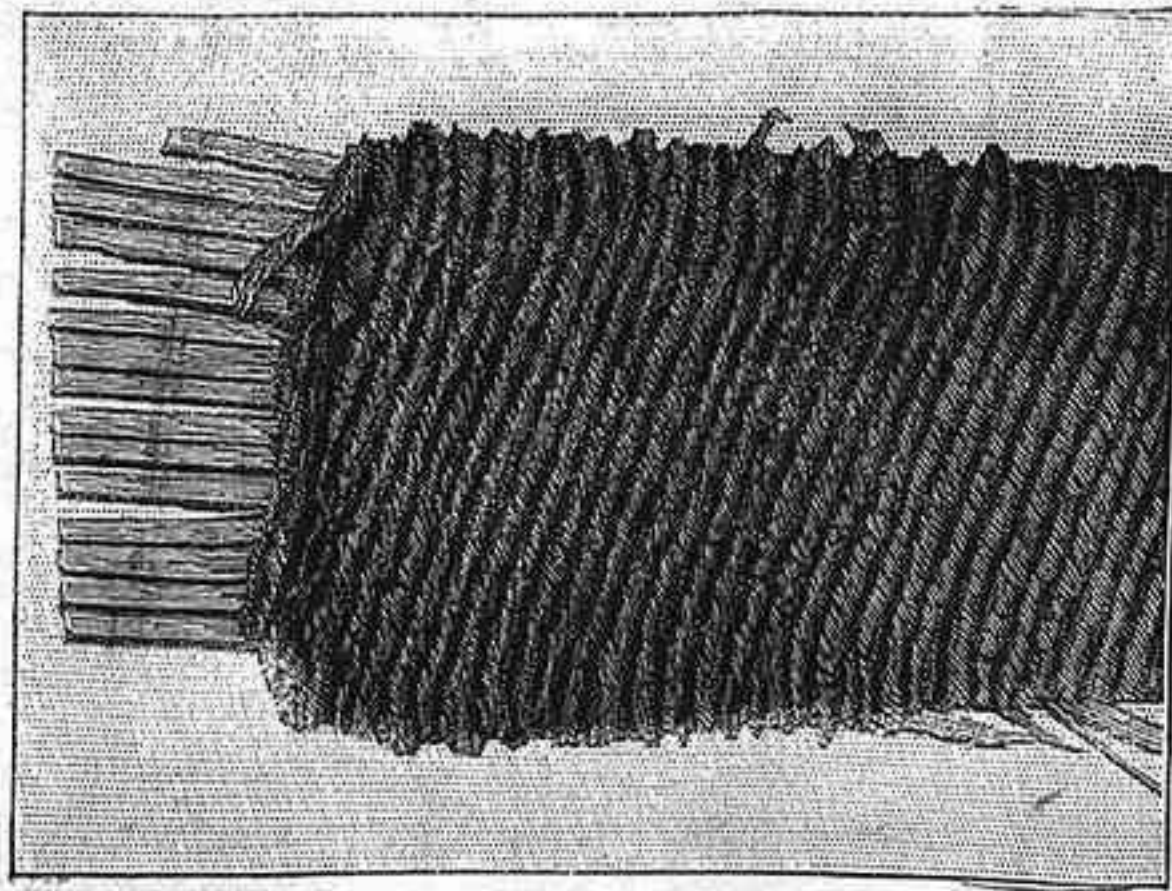
Estas pruebas se practicaron en el río Patapsco, cerca de la entrada del Chesapeake, en un sitio que se halla como á siete millas de la ciudad de Baltimore. Se avanzó



SOLDADO SUMERGIDO EN EL AGUA CON UN VESTIDO DE PAÑO DE CORCHO

á lo largo del río en un barco para llegar al punto elegido, á donde la distancia de una margen á otra era de unas tres millas; y la embarcación se mantuvo á una distancia de tierra calculada de modo que no se pudiera confundir otro eco con el que debía producirse por el paso de un buque.

El aparato empleado consistía en un fusil provisto de un portavoz (véase la figura).



TEXTURA DEL PAÑO DE CORCHO

Apuntábase á los buques que pasaban tirando con pólvora, y al cabo de un tiempo más ó menos largo, según la distancia á que se hallaba el buque, oíase un eco. Los vapores ordinarios del río y las goletas de grandes velas devolvían un eco muy distinto, aun á la distancia aparente de una milla. A distancias más cortas, los efectos eran necesariamente más marcados.

Para darse cuenta de estos efectos en las condiciones menos ventajosas, se tiró en dirección de un remolcador que avanzaba sobre nosotros, siendo la superficie que se presentaba así mucho más pequeña que si se hubiera tomado la embarcación de costado. A medida que ésta se aproximaba, su proa parecía una especie de blanco de unos seis pies cuadrados, presentando una superficie con-

vexa al choque del ruido de la ola. Percibíase entonces un ligero eco, aunque el barco se hallase á una considerable distancia, calculada en un cuarto de milla. Todos quedaron sorprendidos de haber podido oír hasta el menor eco en estas condiciones. Pero necesitaban mucha atención para percibir el sonido. Con barcos más grandes los efectos eran muy marcados y notables.

También se practicaron experimentos por los cuales se demostró que el portavoz fijo en el fusil era sumamente útil para repartir mejor las ondas sonoras, comunicando más intensidad á la audición. Mr. Della Torre asegura que un silbato de vapor ó sirma, combinado con un aparato de proyección como el portavoz, prestaría los mismos servicios que el fusil.

Durante las pruebas practicadas en el río Patapsco hemos observado un curioso efecto de ruido sordo, como el fragor del trueno, que continuó durante algunos segundos, notando también un sonido semejante, parecido á un eco, que se produjo en una orilla cubierta de espesura; pero la causa de este efecto no puede atribuirse de ningún modo á la tierra, pues el sonido comenzó inmediatamente después del disparo de fusil; mientras que la orilla se hallaba á la distancia de al menos una milla ó algo más.

Este sonido se debía probablemente á la circunstancia de haberse rizado la superficie del agua, pues era mucho menos marcada cuando esta estaba muy unida. Un ruido semejante podría ser muy molesto cuando hay mar gruesa; pero no bastaría para impedir que se percibiese el eco producido por una gran mole de hielo.

Si desde la proa del *Ciudad de Berlín* se hubiese tirado á intervalos periódicos, no hay duda que se habría reconocido la presencia del obstáculo bastante á tiempo para evitar el choque que se produjo.

EL PAÑO DE CORCHO

Mr. Williams Jackson, jefe de la Administración de Equipos para el ejército y la marina, en Londres, es el inventor de este paño, cuya trama se compone de hilo de corcho recortado en la corteza por medio de útiles especiales. El urdido es de hilo de lana, de seda, de lino ó de cáñamo, según los casos. Como el hilo de corcho retiene fácilmente el tinte empleado para el textil con que se asocia, el aspecto de este nuevo producto no tiene nada que le distinga del paño usado para confeccionar los chaquetones, levitas ó paletós de los oficiales de marina, los marineros ó los pasajeros. Las ropas así fabricadas son tan cómodas y manuales, y casi tan ligeras como las ordinarias; y tienen además la propiedad preciosa de sostener en la superficie del agua indefinidamente á los que las llevan, sin que necesiten hacer el menor movimiento. Se puede emplear este paño para la confección de ropas para bañarse, tan poco molestas como los trajes de algodón que se ponen á disposición de los bañistas en las orillas del mar, y que se prestan á los movimientos de la natación; de modo que la persona puede aventurarse tan lejos como quiera sin temor de ser arrastrada por las corrientes.

En el mes de agosto último se han practicado numerosos experimentos en la isla de Wight y en el Támesis, á presencia del Lord Corregidor. Los trajes de paño de corcho se han probado igualmente en estanques de natación, así en Londres como en Ryde, y en la piscina grande de la calle Rochechouart. Esta prueba se ha hecho con motivo de la Exposición del trabajo, donde las ropas de corcho obtuvieron una medalla. En uno de los experimentos verificados en la isla de Wight, seis personas, de las cuales tres eran señoras que no sabían nadar, se precipitaron juntas en medio de las olas, y sostuvieronse más de una hora á presencia de una inmensa multitud, que no escaseó sus aplausos á las nuevas sirenas y á los nuevos tritones.

Ya se comprenderá la facilidad con que se han utilizado las propiedades del paño de corcho para producir este feliz éxito; para formar una idea, baste decir que un pedazo de 9 centímetros de longitud por 6 de anchura ha sostenido sin dificultad 12 gramos después de empaparle previamente en agua. Estas cifras demuestran que un pedazo de un metro superficial, que contiene 10,000 centímetros cúbicos, sostendría 2,222 gramos, número suficiente para producir un efecto muy sensible. Se puede admitir que basta un esfuerzo poco considerable para sostener á un hombre delgado y nervioso sobre la superficie del agua. Siendo la densidad del corcho una cuarta parte poco más ó menos de la del agua, basta un peso de 550 gramos de corteza para obtener este aligeramiento; pero como el hilo de trama de corcho ocupa el lugar de uno de trama en textil, se ve que estos 550 gramos distan mucho de representar de por sí el excedente de peso sobre el de un traje de paño empleado en el mar, pero que no tiene la propiedad de sostener un solo instante al individuo que le viste.

Después de los experimentos citados se ha resuelto que los oficiales de la marina británica lleven chaquetones de este paño en su equipo; y debe esperarse que su uso se adoptará para los pilotos y las tripulaciones de barcos de salvamento, que manifiestan mucha repugnancia, fácil de comprender, para usar los cinturones de corcho que se les dan.

No es inútil añadir que el uso del paño de corcho daría origen á una industria de que la Argelia sacaría necesariamente buen partido, pues el *Quercus ruber*, cuya corteza produce esta preciosa sustancia, es una de las riquezas forestales de la colonia.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMON

—Sí,—dijo Malek suspirando,—la he conocido. Y luego trató de sonreír filosóficamente, considerando que ninguna mujer aguarda cincuenta años á su prometido ausente, sin procurarse los medios de crearse una familia.

Desde aquel momento el pobre Malek sintió vivísimo interés por aquella pequeña Fátima.

—Llevas un cántaro muy pesado para tu edad,—la dijo.

—¡Vaya!—contestó la niña,—no soy tan joven como creen. El día del aniversario del viento de Malek, cumplieré catorce años.

Tan viva fué la impresión que estas palabras causaron al pobre hombre, que se puso lívido y comenzó á temblar.

—¿Qué teneis, buen viejo?—preguntó la pequeña.

El indicó con un ademán que no era nada, pero sus piernas no podían sostenerle.

La niña le ayudó á sentarse en un banco y le dijo:

—Estareis cansado. Según parece venís de muy lejos.

—¡Qué hermosa higuera!—exclamó Malek tratando de variar la conversación.

—Sí que es muy hermosa, no hay en el país otra que dé más higos; lo menos había diez años que estaba plantada cuando Malek dejó escapar...

El desgraciado aludido se sentía abrumado por la implacable fatalidad. Hizo un esfuerzo y repuso:

—Yo no conocía esta mezquita.

—No es extraño, es moderna, la construyeron después...

La niña se interrumpió para contar por los dedos y luego prosiguió:

—Treinta años después que Malek dejó escapar el viento impío.

El viejo se puso en pié tambaleándose, y se enjugó la sudorosa frente con su crispada mano.

VI

No había duda. En vano había supuesto que el tiempo pudiera borrar su falta; el recuerdo de ésta continuaba tan vivo como el primer día; es más, tenía trazas de hacerse inmortal y legendario, dotando á la historia local del país de una nueva era.

Inconscientemente había seguido á la niña el desventurado anciano, caminando á su lado con su paso inseguro.

Ella notó el creciente malestar del pobre hombre y le dijo:

—Os vais á caer, tal vez teneis debilidad, entrad en mi casa, que es ésta, y tomareis un refrigerio.

Malek, sin contestar, se tapó la cara con las manos.

—No tengais reparo,—repuso la pequeña,—mi padre sabe las leyes de la hospitalidad; no os preguntará adónde vais ni de dónde venís, ni quién sois.

—Ni quién soy,—murmuró Malek.

En este momento se presentó un hombre en el dintel de la puerta de la casa.

—Aquí está mi padre, venid,—dijo la niña.

Malek titubeó, mas se dijo:

—Es verdad, no tengo necesidad de decir mi nombre; —y tranquilizado un tanto con esta reflexión, se dirigió hácia la casa.

Pero su conversación con la pequeña había conmovido toda su organización, y ya se sabe hasta qué punto le eran fatales las emociones. El pobre Malek temía que aun absteniéndose de hablar, podía correr riesgo de descubrir su incógnito.

El padre de la niña le salió al encuentro, y vió con asombro que aquel extranjero andaba hácia atrás, en vez de adelantarse ó esperarle...

¡Desgraciado Malek! había sentido el movimiento interior, el rayo ascendente, el viento impío próximo á escaparse de su boca.

Huyó precipitadamente y desde entonces nadie ha sabido de él; el culpable se hizo justicia; no ha vuelto jamás á ponerse en contacto con ningún ser humano.

Quizá no quiso salir nunca de entre los bramadores vientos del desierto, únicos suficientes á ahogar el rumor del viento impío.

EMILIO MORAIS